

JOSEFINA BLANCO

Hace días que la actualidad teatral marca en sus efemérides este hecho: Josefina Blanco ha dejado de pertenecer á la compañía del Español.

No me lo explico. El puesto que la donosa actriz, cuyo nombre encabeza estas líneas, ha dejado vacante en la compañía Mendoza-Guerrero, vacante quedará en tanto que no puedan repetirse, como á voluntad, los moldes en que ha sido vaciado el talento de Josefina Blanco.

Si hay—¡claro está!—actrices que puedan sucederla, no hay ninguna, así, en absoluto, que pueda sustituirla.

Por su complexión física, por sus condiciones de sensibilidad, por sus gustos y su educación también, Josefina Blanco es el más admirable tipo de *ingenua* que se pueda concebir.

Figuraos—y me dirijo á las escasas personas de alguna cultura artística que no hayan tenido ocasión de oír, y, por lo tanto, de admirar á Josefina Blanco—, figuraos una mujercita de no mayor estatura que la que expresaba un autor famoso como ideal en la mujer amada; una mujercita que tuviera necesidad de apoyarse ligeramente sobre la punta de sus piecitos para besar en la frente al ser querido; de ojos grandes y sombríos, propios para producir una mirada vasta, en que el alma se explayara en circuitos extensos, como el de los líquidos cuando buscan su ley de nivel; de cuerpo casi insexual, á fuerza de juventud y donaire. Y sobre todo esto, y rodeando estas gracias, el don, el don supremo de los comediantes y de los magos, ese casi divino arte del fingimiento, que es como una creación sobre lo ya creado, el regio sello de legitimidad que señala á los primates de la escena como hijos de Proteo...

Declaro también, aunque esto sea personalizar algo mi tema, y, por consiguiente, rebajarlo de talla, que tengo desde hace años contraída una impagable deuda de gratitud con Josefina Blanco, por la interpretación portentosa que supo dar á uno de los personajes de *Los reyes en el destierro*.

Aquel papel hubiera sido, lo que se llama en la jerga de los bastidores, un *embolado*, para otra actriz que no hubiera sido ella. Se trata de un Principito en el destierro, de una especie de andrógino, que se presenta levemente en escena sólo en los momentos culminantes de la obra, y que desaparece con la misma levedad con que se había presentado, después de proferir vagas palabras, cuya sola fuerza de penetración está en el matiz con que sepa proferirlas el actor encargado de semejante trance. ¡Y qué inmenso partido el que supo obtener de tan reducidos medios la gran actriz de que me vengo ocupando! ¡Qué hermosa y alta estatua supo tallar casi sin mármol de la cantera!

Luego la vi en *Tierra baja*, de Guimerá, y mis vehementes sospechas de que Josefina Blanco era la mejor *ingenua* de España, se acrecentaron hasta alcanzar las proporciones de una rotunda afirmación. Y al verla, en unión de Jacinto Benavente, representar un diálogo que el famoso autor había compuesto para una representación á beneficio del exquisito Valle Inclán, me dije, en un momento de gala de mi corazón y de mi espíritu: «¡No hay más allá!», como remate á todas las gradaciones de entusiasmo que debo á la eximia actriz y de que son estas líneas balbuceante comentario.

* * *

Josefina Blanco no forma ya parte, como queda dicho, de la compañía del Español. Y es una lástima para todos, porque con tal exclusión, ese tropel de actores queda incompleto y lisiado, que ciertas aputaciones no pueden realizarse sino á costa de la gallardía de los organismos que las sufren.

Alejandro Sawa.